

**IMPORTANTE:**

### **Al público**

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

**IMPORTANTE:**

### **A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,**

**Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16.-BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 221

25 cts.



**JUSTA  
VENGANZA**

Por PAULINE STARKE,  
CONRAD NAGEL, etc.

**FilmoTeca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 221

---

## Justa Venganza

Drama rural, interpretado por los siguientes artistas

Emma .....	PAULINA STARKE
Rufo .....	CONRAD NAGEL
Elisa Cagle.....	Lucille La Verne
Sheriff Weeks .....	Sam de Grasse
Desertor.....	George K. Arthur
Idiota .....	Arthur Rankin
Todd .....	Edward Connelly

PRODUCCION

### Metro Goldwyn Pictures

Exclusiva de

METRO GOLDWYN CORPORATION

Rambla de Cataluña, 122

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
ELEANOR BOARDMAN



# JUSTA VENGANZA

## Argumento de la película

Comienza este drama en el año de 1917, y sus personajes principales son gentes ignorantes pero altivas que se refugiaron en las montañas del Sur de los Estados Unidos huyendo de la opresión de los grandes terratenientes.

La miseria y la ignorancia en que han vivido y los odios que se transmiten de generación en generación son causa de que estas gentes hayan acabado por mirar con profundo desprecio toda ley humana... y divina.

\* \* \*

Detrás de un cerro de la Carolina del Sur varios campesinos habían construido una especie de colonia.

Las viviendas eran modestísimas, en relación con la pobreza de sus pobladores.

Una de las cabañas la habitaba la familia del viejo Todd, un pobre hombre dominado por el alcohol, que él mismo se fabricaba.

Víctima inocente del funesto vicio del viejo Todd lo era su hijo, idiota de nacimiento y que contaba, a la sazón, quince años.

El tercer miembro de esa desdichada familia lo era una muchacha, Emma, que no por ser rústica dejaba de ser bonita como esas flores del campo que nacen bellas bajo la caricia del sol y sin más mimos que los de la brisa al soplar piadosamente en ellas.

Enfrente de la casa de los Todd se alzaba la vivienda de los Cagle, cuya familia se limitaba a dos personas: Elisa y su hijo Rufo.

La señora Elisa, curtida por los pesares, tenía apariencia varonil. Llevaba muy bien sus cincuenta años. Toda su vida no había sido más que una serie de sufrimientos, en recordar los cuales hallaba cierto consuelo en medio de su pesar, por cuanto para compensar el dolor alimentaba en su pecho un odio enorme contra los causantes de su desdicha.

La justicia la dejó, primero huérfana; después viuda.

La única ley que había conocido era la terrible del Talión. ¡Vida por vida!

¡Ah, cuántas veces, a través del humo de su pipa—su mejor amiga y compañera—, veía muerto a sus pies al guarda que mató a su esposo! ¡Qué no daría ella por que eso fuese una realidad y no un sueño!

Weeks, el *sheriff* de aquel lugar, era un sujeto que se dejaba arrastrar por sus brutales pasiones. Emma se le había antojado una conquista sin par, y desde hacía tiempo buscaba una oportunidad para dar cima a sus propósitos.

Emma había rechazado, en otra ocasión, al *sheriff*, que pretendiera besarla, y creía que, en adelante, no se vería más molestada por él.

Grande era su inconsciencia, pues el *sheriff*, a los deseos de salir airoso de la aventura, había unido los de tomar venganza, conquistándola, del primer desprecio...

Emma regresaba de algunas diligencias, y como quiera que le faltaba manteca para la comida, salió de su cabaña y dirigióse a la de los Cagle.

El *sheriff*, que la estaba esperando desde hacía un buen rato, le salió al paso sonriéndole.

—Hola, Emma...

La muchacha le miró de pies a cabeza y siguió adelante.

—Escucha, mujer...

Emma se detuvo.

—¿A qué ha venido usted, otra vez, aquí?

—No olvides que estos son terrenos de mi jurisdicción. Puedo venir siempre que lo crea conveniente... Pero es el caso que he venido... por verte de cerca. Ya sabes que no te guardo rencor.

—Pues por mí no se moleste... y quédese en

su casa hasta que yo le llame... que hay para tiempo.

—Escucha...

—La comida me está esperando... Conque...

—Espera...

—No me toque.

—¿Por qué huyes de mí de esa manera?

—¡Déjeme ya!

Rufo acababa de aparecer en lo alto del cerro, rifle en mano, de vuelta de una partida de caza.

Crispadas las manos y los ojos echando fuego, el joven contempló al *sheriff* forcejeando con Emma, que logró al fin desasirse de él y alejarse corriendo hacia la casita de los Cagle.

El *sheriff* murmuró frases oscuras al ver huir a la moza, y Rufo, aproximándosele sin quitarle ojo de encima, le dijo, midiéndole con firmeza:

—¿Se puede saber qué hace usted aquí? ¿Ha sucedido algo, que le vemos en nuestra colonia?

—He venido por lo que he venido, joven... Pero ya que a usted le interesa tanto saber el porqué de mi visita, respóndole que tal vez haya venido a ver a Emma... ¿Le importa a usted algo?

—Me importa lo que a todo hombre joven debe importarle ver a una mocita perseguida por un gavilán.

—Esos son asuntos míos.

—Y de la mocita, claro... Pero como esa mocita no acepta las atenciones del galanteador, que es un hombre viejo y por añadidura muy antipático... pues, las cosas cambian, ¿verdad?

—Me parece que su manera de hablar...

—Uno es ignorante, señor *sheriff*, y no sabe expresarse... En cambio, los que debieran dar el ejemplo, saben expresarse, pero se olvidan de hacerlo bien...

—Son ustedes muy atrevidos... y vayan con mucho tiento, que a la primera...

—Sí. Ya sabemos que la justicia es muy fuerte. Pero no eche usted en saco roto, señor *sheriff*, que aquí vivimos al aire libre, y que si no tenemos el espíritu muy despierto, que digamos, es porque nuestra piel es muy dura. He querido decir que sabemos pegar y resistir golpes. ¡Conservarse, señor *sheriff*... y que le veamos lo menos posible por este mundo nuestro!

El *sheriff* conocía el temple de los que habían formado aquella colonia de miserables rebeldes, y como en aquel caso se consideraba con culpa y por lo tanto sin derecho a gritar o castigar, se resignó a fingir que no comprendía el verdadero alcance de las palabras de Rufo, y éste encaminóse a su casa volviéndose a mirarle y a burlarse de él con la mirada, lanzándole con el pie, tal que si jugase con un balón, un bote de hojadelata a pocos pasos suyos.

La provocación era patente, pero el *sheriff* tenía tanto de cobarde como de bruto.

Emma, en el hogar de los Cagle, contaba a la señora Elisa lo que acababa de sucederle con el *sheriff*.

—Por más que no le haga caso, él se empeña en perseguirme—decía—, y hoy ha vuelto a propasarse conmigo. Me parece que ya me voy poniendo furiosa, y ya verá usted cómo le voy a poner la cara a ese mamarracho.

—La mujer ha de saber defenderse, hija mía. No le tengas miedo porque sea de la justicia, de esa justicia que se cree con derecho a todo.

Rufo entró en su casa. Emma, al verle, cogió un poco de manteca en la cocina, y se despidió de la señora Elisa, dándole las gracias por ello.

—Espera...—le dijo Rufo.

—¿Me has de decir algo?—preguntóle Emma coqueteando.

—¿Qué te estaba diciendo el *sheriff*?

—¡Oh! Nada... Lo de siempre... Se conoce que...

—¿Que qué?...

—Nada... Adiós...

Salió, y apenas hubo cerrado la puerta, volvió a abrirla levemente asomando un sombrero y el cañón de un fusil y dando ella gritos.

Rufo y su madre supusieron que el *sheriff* estaba forcejeando con Emma, y al abrir el

joven la puerta encontróse con la muchacha riéndose a mandíbula batiente.

Esa era una de las formas de coquetear Emma con Rufo, que la quería con toda su alma, sin habérselo confesado nunca de palabra.

El mozo salió detrás de Emma, que echó a correr, y al alcanzarla, ella le dijo, zumbona:

—¿Tienes celos?

—¿Celos? ¿De qué?—respondió bruscamente Rufo.

—El *sheriff* es tan constante...

—Emma, debieras ser una muchachita muy seria... No eres ya una niña... Comprendo que en tu casa no tienes alegrías y que sólo con tu inconsciencia puedes resistir tu triste vida... Yo quisiera que... Si tú supieras las ideas que hay en mi cabeza...

—¿Te ha vuelto a entrar la chifladura de querer marcharte a correr mundo?

—Yo quisiera ser algo, Emma... ¿comprendes? Y dime: ¿me echarías de menos si me marchara?

Emma turbóse un tanto, y dando un salto, llena de alborozo, separóse de Rufo, diciéndole:

—Puede que sí y puede que no.

Cerca de la casita de los Todd, el *sheriff* volvió a dar alcance a Emma, sin que lo viera Rufo, que se reunió con su madre.

—Oye, Emma... No seas tan arisca conmigo... Yo puedo...

Emma le respondió que hacía mal en esperar lo que no había de alcanzar, y encerróse en su cabaña. Al poco abrióse una ventana y apareció en su alféizar, cubierta su cabeza con un amplio sombrero. Dió un suspiro, miró al *sheriff*, éste creyó que la cosa iba por buen camino, y cuando hubo llegado el momento oportuno, o sea el instante en que el rostro del representante de la autoridad ofrecía el mejor blanco, le obsequió con una dosis de manteca, que le cubrió un ojo, cerrándole al mismo tiempo la ventana en las narices.

La lección había sido buena.

Entretanto, en el hogar de los Cagle, Rufo y su madre hablaban de Emma.

—Vas a dejar que el *sheriff* siga molestando a Emma?—le había dicho la señora Elisa a su hijo.

—Ya he hablado con él, madre... no como yo hubiera querido... pero es que no tengo ganas de ir a parar a la cárcel. Ese hombre es de cuidado, y no me fio.

—Si yo fuera hombre no consentiría que a una mujer se la atropellase de ese modo, habiendo hombres a su lado para defenderla.

—Si tú fueses hombre, madre, reflexionarías, como yo, y te convencerías de que es mejor prudencia que violencia. No es que no me den tentaciones de castigarlo como se merece, pero las consecuencias de mi acto me detienen al borde de la ofuscación. Yo soy un sal-

vaje, pero también tengo mi poco de sensatez.

Hubo una pausa. Para la señora Elisa no había mayor tesoro en el mundo que su hijo. No le demostraba el inmenso cariño que por él sentía, porque eso le hubiese parecido demasiado infantil, ruda como ella era. Tal vez en el fondo de su alma comprendía que Rufo tenía razón analizando bien las cosas antes de lanzarse a una temeridad, y reñían batalla sus sentimientos de madre y sus deseos de venganza, cada día más encendidos, contra todos los que, directa o indirectamente, causaban daño al prójimo.

Rufo respetó el silencio de su madre, que recordaba otros tiempos, con dolor y rencor a la vez; y después de meditar él mismo breves momentos, murmuró:

—No hay nada más raro que el amor, ¿verdad, madre?

—El amor es como el odio, hijo mío... Se apoderan de nosotros con fuerza irresistible... Escucha, Rufo... Hace cuatro años, tal día como hoy, murió tu padre de un tiro que Zacarías Turner, el guarda, le soltó a traición. Y Turner anda paseándose por ahí todavía. Pero algún día matarás a ese hombre, ¿verdad, muchacho?

—No te atormentes pensando en esas cosas, madre... Hablando de todo, ¿sabes que parece que tendremos que ir a pelear?

—¿Contra quién?

—Pues... contra el enemigo.

—¿Qué enemigo?

—Nos mandarán a Francia, que es donde están peleando. Son muchas naciones las que guerrear.

—¿Dónde está Francia?

—¡Oh! Muy lejos de aquí, al otro lado del mar.

—No sé qué falta hace ir tan lejos a buscar enemigos. Tú sabes cómo murió mi padre... y cómo murió el tuyo... y ya comprenderás que no voy a consentir que ahora te separes de mi lado.

—No te disgustes, madre... Tú no querrás que no cumpla con mi deber...

—Tu deber está aquí, en este pobre hogar, a mi lado.

Rufo calmó a su madre, y no se habló más del asunto...

Pero unos días después, el llamamiento de la patria llegó hasta aquel apartado lugar, como en todos los más escondidos rincones de los Estados Unidos.

La señora Elisa, viendo que su hijo estaba decidido a incorporarse, trató de oponerse a que siguiera el dictado de su conciencia.

—¡Tú no irás!

—Madre, he de desobedecerte, y tú sabrás perdonarme. He oído decir que el mundo cambiaría totalmente si los enemigos llegaran a ganar la guerra.

Emma se unió a la señora Elisa para rete-

ner a su lado a Rufo. De un tiempo a aquella parte las pláticas de los dos jóvenes habían sido, por parte de Emma, más serias que nunca. Se querían. Ahora, en el momento de la despedida, ese amor estallaba en el pecho de Emma con violencia.

—Si te casaras conmigo, podrías defenderme o llevarme lejos de aquí en caso necesario—dijo Emma a Rufo echándole los brazos al cuello.

Por un momento la luz del cariño cegó al muchacho; pero se dominó rápidamente, porque acababa de decidir que no debía casarse con la adorable chiquilla, estando expuesto como estaba a morir en la guerra. Si volvía, se casarían y serían eternamente felices. Casarse antes, sería un error, un remordimiento quizá.

—No puede ser, Emma... no puede ser... Cuando regrese...

Las dos mujeres enmudecieron. Emma no podía disimular su tristeza. En cambio, la señora Elisa, no humillándose a aparecer preocupada, fumaba sin tregua.

Rufo, para abreviar aquella situación, cogió sus cosas y añadió:

—Escribiré contando todo lo que vea. Emma podrá leerte mis cartas, madre.

Luego acercóse a ésta, y despidiéndose, le preguntó:

—¿No me vas a dar un beso antes de que me vaya?

La señora Elisa, sobreponiéndose a su do-

lor, acaso para que no decayesen las energías de Rufo, lo apartó con cierta brusquedad, contestándole:

—¿A qué vienen esas tonterías? Vete, si estás decidido a ello... y si tropiezas con Turner, mátalos de un tiro.

Rufo inclinó la cabeza hacia su pecho, y encaminóse a la puerta, donde le detuvo Emma, que le suplicaba nuevamente piedad para ella y su madre.

—No, Emma... no puede ser... Parto.

Varios jóvenes del lugar hacían lo propio.

La señora Elisa salió de la cabaña cuando su hijo se alejaba seguido, sin que él lo sospechase, por Emma, y ante la inmensidad de su soledad su contenida pena desatóse en raudales de lágrimas.

En el firmamento, las nubes grises de la tristeza corrían a su albedrío...

Rufo, cual gato montés, se deslizaba por las peñas, y cuando se detuvo para un descenso arriesgado, sintióse tocado en un hombro por Emma.

—¿Por qué has llegado hasta aquí en pos de mí?—le censuró suplicándole a su vez que no le atormentase ofreciéndole su cariño...

—No me dejes sin haberme demostrado que no querrás a nadie más que a mí. ¡Casémonos, Rufo! ¡Yo te amo más que a mi vida! ¡Tú lo eres todo para mí!

—Emma... Emma mía...

La abrazó con pasión.

¿Iba a vencerlo el amor?

Se detuvo a tiempo.

—¡Volveré, Emma, y seremos el uno para el otro!—le dijo, arrancándola de sus brazos y huyendo locamente.



—No, Emma... no puede ser... Parto.

Y el cielo, desde aquel instante doloroso, oscurecióse más de prisa...

\* \* \*

Reinaba el invierno. Los ecos del distante y gigantesco conflicto habían vuelto a llegar hasta la agreste quietud de las montañas.

Uno de los soldados que se hallaban en el campamento cercano desertó de las filas.

El *sheriff* y su ayudante le pisaban los talones.

El desertor, extenuado, llamó a la puerta de la cabaña de la señora Elisa.

—¿Quién va?—preguntó ésta armándose de un fusil.

Nadie contestó.

Volvieron a llamar.

—¿Quién va?

Ante el silencio que acogió de nuevo la pregunta, la señora Elisa abrió la puerta encañonando el fusil en dirección a la entrada, y vió tendido en el suelo al soldado pecador. Le dió albergue en su casa, acercándole prestamente a la chimenea, para que se calentase.

Sus perseguidores estaban allí mismo. El *sheriff*, como buen perro, olfateó que el fugitivo estaba en casa de los Cagle o de los Todd, y decidió que mientras él iba a registrar la de éstos, su ayudante visitase la de los Cagle.

La señora Elisa hizo varias preguntas al desertor, para saber si debía exponerse a salvarlo o no.

—Iba hacia casa a ver a mi madre—dijo el soldado, más joven de carácter que por sus años.

—Si está usted en contra del Gobierno, cuente con que yo le favoreceré en todo lo que pueda.

Los perseguidores llegaron; primero el ayudante del *sheriff*, luego éste.

Afortunadamente, el desertor, a quien la señora Elisa había ocultado debajo de las sábanas de una cama, en la que dormía muchas noches Emma, presintió que sería descubierto, y escondióse en el desván de la cabaña.

Así, los perseguidores se llevaron chasco.

No convencido de que el desertor hubiese seguido adelante, cuando él estaba seguro de que no había pasado de las casas de Tood o de Cagle, el *sheriff*, mirando atentamente a la señora Elisa, le dijo:

—Tratar de burlarse del Gobierno es mal negocio, señora... No lo olvide usted.

El hallazgo de un sombrero encima de una silla aumentó las sospechas del *sheriff*.

—¿De quién es esto? Después dirá usted que...

—¿Qué se imagina usted? Este sombrero es de mi hijo—atajóle la señora Elisa.

El *sheriff* se tragó el anzuelo, y varió el tema de su visita.

—Hablando de Rufo... Tome usted esta carta. La acabo de recibir. ¿Quiere usted que se la lea?

—¡No! ¡Démela! No quiero que el Gobierno se entere de mis asuntos.

—Tome usted. Pero cualquier día le van a dar a usted un disgusto por esa manía *antigobiernista* que tiene.

Cuando los dos hombres que perseguían al

desertor se hubieron marchado de la cabaña, la señora Elisa buscó al soldado, y éste salió de su seguro eneierro.

—¡De buena he escapado!

—Pero no conviene que salgas de aquí. Ese policía es terco y no se alejará de estos lugares para echarte el guante un día u otro. Quédate, pues, y no temas. Estoy decidida a ayudarte, y debes considerarte en tu casa. Yo también tengo un hijo de tu edad aproximadamente. A propósito, ¿quieres leerme esta carta que he recibido de él?

El desertor se disponía a complacer a la señora Elisa, pero al leer, para sí, el texto de la carta, se detuvo, y dijo:

—No puedo leer esas palabras tan raras.

—Bien, dame; Emma la leerá.

La señora Elisa salió de su cabaña para ir a la de Emma, y ésta, al enterarse de que había noticias de su amado, saltó del lecho palmo-teando de alegría.

—A ver... a ver...

Desdobló el papel.

—¿Eh? No es de Rufo... Dice... *Señora Elisa Cagle... De-plo-ra-mos mucho...* Quiere decir que sienten mucho... *tener que in-formar a usted...* Es como si hubieran puesto "tener que decirle"... *que su hijo...* ¡Dios mío!... ¡Rufo! ¿Es posible?

—¿Qué dice, Emma, qué dice?

—¡Rufo, nuestro querido Rufo, ha muerto como un héroe!

—¡¡Muerto!! Hijo de mi alma!

—¡Oh, señora Elisa! ¡El presentía su muerte! ¡Por eso no quiso casarse conmigo!

La infortunada madre no pudo llorar. Parecía que de tanto penar en la vida se le habían secado repentinamente las lágrimas. Pero



—¿Eh? No es de Rufo...

su corazón latía sin freno. Amenazaba estallar.

—¡Pobre Rufo! ¡Pobres de nosotras, señora Elisa!—gimió Emma.

—Es mi sino, muchacha... Yo creí que ya no sufriría más... Hemos de ser fuertes, Emma... Si Rufo hubiese seguido mis consejos...

Con paso que quería ser firme pero que no podía serlo, la pobre madre abandonó el hogar de los Todd, en el que quedó llorando amargamente Emma, y volvió a su casa, donde la esperaba el desertor al acecho del menor ruido procedente de fuera. El sabía ya la triste noticia. Había querido evitarse la pena de notificársela a su protectora, prefiriendo, con un alto sentido de la piedad, que fuese una persona de su confianza quien se la leyera.

La señora Elisa sentóse en el secular balancín de los Cagle, junto al fuego, estrechando entre sus dedos la carta dando la noticia de la muerte de Rufo.

El desertor, mirándola con compasión, se sentó en la piedra, cerca de ella.

—¡Pobre señora!—rezó.

La señora Elisa, evocando al buen mozo de su hijo, sintióse poco a poco dominada por un deseo incombustible de llorar, y fijando sus miradas con insistencia en el desertor, le murmuró:

—Quédate... No me dejes sola... Quiero que te salves... Tu madre se alegrará mucho de verte cuando puedas reunirte con ella, ¿verdad?

Y la mujer ruda, la que parecía tener dormidos sus sentimientos cariñosos, estrechó contra su corazón al muchacho que ella había salvado.

Morir por la patria es nacer a la gloria.

En memoria del héroe se grabó un sentido homenaje en una roca, y Emma iba todas las noches a rezar por el alma del adorado desaparecido.

Algún tiempo después corrió el rumor de que



—¡Pobre señora!

había terminado la guerra, y la señora Elisa se apresuró a comunicárselo al desertor.

—Alégrate, muchacho. La guerra ha tocado a su fin, y podrás marcharte a tu casa. Me voy a sentir muy sola, pero sólo de pensar que tu madre va a quererte más que antes todavía, paréceme que no sufro tanto.

El desertor agradeció las bondades de la señora Elisa.

—Me ha tenido usted escondido durante cuatro meses sin preguntarme siquiera cómo me llamo. Es usted admirable, señora, y quisiera saber cómo podría demostrarle mi agradecimiento.

—Escucha, muchacho. Hay cosas que perduran a través del tiempo. Toda mi desgracia procede de otros hombres y uno de éstos vive todavía. No quisiera morir sin saber que he cumplido una venganza que es mi mayor deseo. Tú me dijiste que conocías esta región. Pues bien, voy a pedirte un favor, y si me complaces habrás pagado de sobra lo poco que por ti he hecho.

—Hable usted...

—Sencillamente; el día que, por casualidad, tropieces con un infame que se llama Zacarías Turner, pégale cuatro tiros de mi parte.

—¿Eh? ¿Cómo?

—¿Conoces a ese hombre?

—Señora... Zacarías Turner es... mi padre.

—¡¡Tu padre!! ¿Y por qué no hablaste antes, perro?

—Señora...

Esa escena se desarrollaba en la habitación alta de la cabaña.

Durante la misma un hombre había saltado por la ventana al interior de la planta baja. ¡Era Rufo! No había muerto en la guerra, como se había creído, por error, sino que, herido,

estuvo en el hospital mucho tiempo, y al fin podía regresar a sus lares coincidiendo con el final de la horrorosa contienda.

El muchacho, el héroe, lanzó un gran sus-



—¿Qué significaba aquello? ¿Un homenaje póstumo... a quién?

piro al encontrarse de nuevo entre las cuatro paredes queridas de su miserable hogar.

Todo lo tocaba como para demostrar al más insignificante objeto su alegría.

Algo hubo que llamó poderosamente su atención. Encima de un mueble, que hacía las veces de cómoda y bufete, había un banderín con una cruz roja, y unas flores a sus pies. ¿Qué significaba aquello? ¿Un homenaje póstumo... a quién? No sabía que había sido considerado como desaparecido en el campo de batalla.

La señora Elisa, al oír pasos en la habitación inferior, miró hacia abajo desde la escalera; y al ver a su hijo quedó paralizada y su lengua pegóse en su garganta, incapaz de pronunciar la menor palabra ni de dar el más débil grito.

Rufo, comprendiendo la fuerte emoción de su madre, la miró sonriente y acercósele a pasos quedos, para darle tiempo de recobrarle.

Mucho le costó a la pobre madre despertar a la realidad, y cuando lo hizo encontróse en los brazos de Rufo, llorando silenciosamente, como nunca lo hiciera, sin avergonzarse esta vez, sino dichosa de poder hacerlo.

La aparición del desertor interrumpió la magnífica escena, y ello fué la causa de que la señora Elisa, recordando que el padre de ese muchacho había dado muerte a su marido, se olvidase, por una razón más poderosa que todas, de que acababa de volver a la felicidad al recuperar a su hijo.

—¿Te acuerdas de aquel Zacarías Turner que mató a tu padre?—dijo a Rufo—. Este es el hijo de ese hombre. Es un desertor y lo he tenido escondido en casa sin saber quién

era. Me he enterado hace un momento. Llegas a tiempo para vengar la muerte de tu padre.

El desertor temblaba. Las miradas de Rufo eran poco tranquilizadoras; pero contrariamente a lo que la señora Elisa esperaba de su hijo, éste contestó:



*Mucho le costó a la pobre madre despertar a la realidad...*

—Vengo harto de matar gente en la guerra, madre.

Sin que ella pudiera evitarlo, la puerta de la cabaña se abrió, y el desertor huyó hacia su casa, no sin que tuviese antes un encuentro con el *sheriff*, por fatal coincidencia.

—¿Por qué le has dejado huir?—censuró a Rufo su madre.

—Si fuiste humana con él porque así te lo dictó tu corazón, yo, tu hijo, no podía hacer otra cosa. Y desde ahora mismo vamos a acabar con esos odios estúpidos. Hemos de mirar siempre adelante, madre. Los errores pueden corregirse. No se debe añadir a un dolor otro dolor, sino aliviar el primero para evitar el segundo.

La señora Elisa miró con suma extrañeza a Rufo.

—¡Tú no eres mi hijo; eres un fantasma, o estoy soñando!—exclamó.

—Es un sueño hermosísimo, madre. He aprendido mucho en la guerra... Y cuando caí herido supe que una madre es lo más sagrado que hay en el mundo, y que una novia es lo más hermoso que hay en la tierra. Tú y Emma me disteis alientos para vencer a la muerte. Y supe que hay un Dios que no niega nada al que le pide con fe.

La señora Elisa le escuchaba religiosamente, y sin poderlo evitar las lágrimas surcaban sus mejillas.

El *sheriff* tuvo conocimiento de que Rufo había regresado, mas se resistía a creerlo. ¡Pero si Rufo había muerto en la guerra!

—Vaya usted a verlo—le dijeron.

Entonces, el *sheriff*, cuya pasión por Emma había ido en aumento desde que la sabía sin defensa, decidió jugarse aquel día el todo por

el todo para no perder a la muchacha. El pretexto de comunicarle la noticia de la llegada de Rufo sería excelente para llevar a cabo un proyecto infame.

—Oye, Emma—le dijo al verla pasar cerca de su cabaña.



—Vengo harto de matar gente en la guerra, madre.

—No quiero nada con usted.

—Se trata de Rufo, muchacha.

—¿De Rufo?

El *sheriff*, aprovechándose de la ocasión, empujó a la doncella hacia el interior de la cabaña, y cerróse tras ellos la puerta.

Cuando Emma salió del nido del gavilán sentía vergüenza de sí misma.

Encerróse en su casa, y en ella meditó, acariciándola su hermanito, el pobre idiota.

¿Osaría presentarse ante Rufo, que era el amor de su vida?



¿Osaría presentarse ante Rufo, que era el amor de su vida?

No, si tuviera la seguridad de que había regresado, pero como tenía motivos para suponer que se trataba de un engaño del *sheriff*, fué a la cabaña de los Cagle, y como en ella no estaba Rufo, se abrazó a la señora Elisa y le reveló entre sollozos la infamia que acababa de cometer el *sheriff*.

Rufo llegó al poco, y al verle, Emma pretendió escapar.

—¡Emma, chiquilla! Pero ¿es que huyes de mí?

El muchacho la atrajo con pasión contra su pecho, y la besó en los labios largamente.

—No me olvidaste a pesar de que creías que me habían matado, ¿verdad, mi alma?

Emma no podía hablar. La señora Elisa, emocionada, indicaba que no hablase.

—¡Pobrecilla! Se ha emocionado mucho, madre. Ahora vamos a ser todos felices, Emma.

El *sheriff* presentóse en aquel momento en casa de los Cagle.

Emma se separó de Rufo y miraba con odio al miserable...

—Tengo que llevármelo a usted preso por haber escondido a un desertor, Rufo—dijo el representante de la autoridad al héroe, indicándole que no se resistiese a seguirle.

Rufo se echó a reír.

—¿Qué te parece, madre, el recibimiento que le hacen a uno?

La señora Elisa acercóse con severo mirar al *sheriff*, pero Rufo se puso por medio, y dijo a su enemigo por rivalidad amorosa:

—El ser usted una autoridad no le da derecho para atropellar a nadie, señor Weeks. Si quiere llevarme preso, traiga una orden del juzgado competente.

—Insisto en que...

—Le aconsejo que se vaya, si no quiere pasarlo muy mal.

El *sheriff* comprendió que se encontraba delante de un hombre más digno y con más conocimientos de las leyes que él, y optó por salir de la cabaña sin practicar la deseada detención.

La señora Elisa desconocía a su hijo. ¿Por qué no había matado de un balazo a aquel miserable que sembraba el mal a su paso?

—¡Es nuestro enemigo, hijo mío! ¡Acaba con él!—gritóle.

Rufo se negaba a ello.

—Rufo, por última vez, ¿vas a acabar con ese miserable?

Inútil empeño.

—No puedo asesinar a ese hombre—terminó diciendo el héroe.

—Y si tú supieras lo que acaba de hacer con Emma, ¿qué harías?

Emma lloraba en un rincón.

—¡Madre! ¡Emma! ¿Qué me ocultáis? ¿Qué le ha hecho a Emma ese hombre? ¡Habla, madre!

—¡Ese bandido, harto de pretenderla en vano, ha apelado hoy a la violencia y ha abusado de su debilidad ignominiosamente!

—¡Oh! ¡Madre! ¡Madre! ¡Ah, monstruo!

Salió, blandiendo un fusil, al campo, y elevando sus ojos al cielo, clamó:

—¡Dios mío! Tú dijiste que nadie ha de hacerse justicia por su propia mano, pero ¿qué

hace un hombre en un caso así? Ese infame se atrevió a tocarla. ¿He de quedarme mano sobre mano? ¡No me desampares, Dios mío que voy a evitar que ese hombre siga haciendo daño!

De la lucha que Rufo sostuvo con el *sheriff* se enteró la colonia entera. Todos esperaban con ansiedad su regreso.

Al fin presentóse Rufo ante sus amigos.

—¿Lo castigaste, hijo mío?—preguntóle su madre.

—¡Claro que lo castigué como se merecía!

—Huye cuanto antes, que no tardarán en venir a prenderte—le aconsejó uno de los enemigos de la justicia.

—Al primer agente que vea, lo mato—dijo la señora Elisa cubriendo con su cuerpo el de su hijo.

—Pues empieza por matarme a mí, madre—repuso Rufo mostrando a todos la insignia de *sheriff*.

—¡Traidor!—exclamó el mismo hombre.

La señora Elisa no volvía de su desagradable sorpresa.

—Oye, tú, acémila, y procura abrir el poco entendimiento que Dios te ha dado para que comprendas esto y todo lo demás que yo he de decirte—atajó Rufo al que le había insultado—. Un Gobierno por el que han ido a exponer la vida cinco millones de hombres merece que todos vosotros lo respetéis. De ahora en adelante vais a aprender lo que yo aprendí,

y tendréis que respetar las leyes de esta Patria a la que todos hemos de querer como a una madre.

—Pero... ¿qué has hecho del *sheriff* Weeks?—insistió en saber la señora Elisa.

—Pues, muerto no está, pero más le valiera estarlo porque el escarmiento que ha de hacer en él la justicia va a ser de los buenos.

Nació para todos una era de felicidad.

Emma, que había conservado todo su amor para Rufo, no podía dejar de ser feliz, porque Rufo era bueno y sabía que la pureza no se marchita nunca...

La señora Elisa, aunque muy reacia a aprobar las teorías "gubernamentales" de su hijo, hubo de resignarse a todo por la dicha de los que le imploraban que abriese los ojos a una vida nueva olvidando las miserias del pasado.

—Madre mía, ¿me das tu consentimiento para casarme con Emma?

Emma le acariciaba las manos y la hizo sonreír.

¡La partida estaba ganada!

Y no se habló más de odio, sino de amor.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado  
por la censura gubernativa.

COLECCIONE USTED  
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA  
BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.  
El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.- El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.-¡¡París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro:  
UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón. - Rómula. - Janice Meredith. - El Fantasma de la Opera.-El trono vacante. El Caid. - Madame Sans-Gêne. - América. Cuando las mujeres aman. - El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Ella... Demasiadas mujeres. - Nobleza baturra. Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar. El difunto Matías Pascal.

Precio: 50 céntimos

Esta semana, el gran éxito,

LA MARCA DE FUEGO, por Pola Negri  
Bicolor, 64 páginas 50 céntimos

¡LO MEJOR DE LO MEJOR!  
¡Sea usted coleccionista de L. G. F.!